

Fernando Méndez, 2012, *La "Teoría General" de Keynes. Una lectura crítica tras setenta y cinco años y otra gran crisis*, Editorial Académica Española, Berlín.

### Estrella Trincado

En este libro, *La "Teoría General" de Keynes*, Fernando Méndez, profesor de Historia del pensamiento económico, pone en su lugar a la tan incomprendida teoría de John Maynard Keynes, y nos da las claves para entenderla. En primer lugar, Fernando Méndez demuestra que "Keynes no era keynesiano". La teoría de Keynes es una economía del desequilibrio, como dijo Leijonhufvud; sin embargo, el modelo IS-LM de Hicks–Hansen es un mundo mecánico de equilibrio con desempleo. Para Keynes el tipo de interés no es más que un barómetro de que se invierta o no – si es menor que la eficiencia marginal del capital o tasa de retorno, hay incentivo a invertir; si es mayor, no lo hay. Pero no hay una relación inversa entre el tipo de interés y la inversión, como plantea la IS-LM – si acaso, entre TIR e inversión.

Pero, además, el libro de Fernando Méndez nos muestra a un Keynes que evoluciona, dado que en la *Teoría General* desestima los efectos de la política monetaria (dada la elasticidad de producción y de sustitución del dinero, y la remota posibilidad de trampa de la liquidez), y, sin embargo, en el *Breve Tratado de Reforma Monetaria* y el *Tratado sobre el Dinero* la defiende.

Keynes se equivocó en muchas cosas, por ejemplo, al plantear que en el sistema capitalista, dado que los agentes privados no tienen incentivo a calcular la eficiencia marginal del capital, debe calcularla el estado. Keynes dice que esto es así no sólo en una situación de depresión, si no que el capitalismo tiene una "tendencia general" al equilibrio con desempleo. En ese sentido, el autor sufría de una suerte de mesianismo respecto a la acción del estado, que imaginaba poblado de déspotas benevolentes con una moral superior a la media.

Sin embargo, es cierto, como plantea Keynes, que en la base de las crisis económicas siempre han estado tres sectores, la banca, la deuda o la especulación, y su transformación ha permitido aprovechar o desaprovechar la oportunidad de crisis - la palabra crisis en japonés está compuesta por dos caracteres, uno, significa peligro, el otro, oportunidad. Según Keynes, si el tipo de interés es más alto que la productividad de las empresas reales, entonces desaparece el incentivo a invertir en economía real. Toda la economía acaba siendo un stock especulativo, un submundo virtual. De hecho, la tendencia secular a la reducción de la productividad del capital lleva a que cada vez necesitemos menores tipos para crear incentivo a invertir – se podría llegar, entonces, a la "trampa de la

liquidez”, aunque en esto Keynes ve incluso una oportunidad para la utopía en la “eutanasia del rentista”, heredero como fue de la visión de John Stuart Mill del estado estacionario, con tanto capital que en él no sería necesario pagar a la gente sólo por tener dinero.

Y es que la clave de Keynes fue conseguir diferenciar entre economía real y economía especulativa y demostrar que son mundos que no necesariamente se conectan. Con ello recuperaba una teoría de la justicia económica que afecta al desenvolvimiento del sistema. El mismo Keynes dice que su teoría se puede leer en términos modernos como la doctrina escolástica. Los últimos escolásticos luchaban por distinguir entre las operaciones puramente monetarias, que no debían producir un tipo de interés porque el dinero funciona como un stock; de las operaciones financieras, que podrían recibir un tipo de interés porque son un flujo, y son la base de la economía cooperativa. Es la diferencia de Keynes entre el mercado de dinero, donde se determina el tipo de interés, y el mercado de fondos prestables, donde se determina una eficiencia marginal del capital. El tipo de interés justo se basa, pues, en el lucro cesante: no puedo utilizar productivamente el dinero que presto, pero quiero que éste fluya para que cree trabajo y por ello lo doy en préstamo pero con la esperanza de que no se produzcan “efectos renta” de enriquecimiento de otro a costa de mi ahorro. Esta economía real y justa se mueve por el espíritu de empresa, la previsión de cuáles serán las empresas más fecundas y satisfactorias; la economía monetaria, sin embargo, se mueve por el diferencial de precios, los *animal spirits* y la psicología del mercado. Es decir, por movimientos instintivos de optimismo-pesimismo que, como en un espejo sin identidad del que se refleja, dependen de lo que la gente piensa que los otros piensan.

Pero Keynes también ha sido muy incomprendido en otros sentidos. Por ejemplo, en ocasiones parece achacársele el haber defendido la guerra – o cualquier gasto improductivo – como modo de activar la economía, especialmente refiriéndose a su frase sobre “la construcción de pirámides, los terremotos y las guerras”, que podrían generar demanda y riqueza. Pero hay que recordar que esa frase a renglón seguido dice “Es curioso como el sentido común, intentando escapar de estas absurdas conclusiones...” Es decir, Keynes no estaba haciendo más que un argumento de reducción al absurdo y, de hecho, en *Las consecuencias económicas de la paz* defendió eliminar las indemnizaciones alemanas para evitar otra guerra... Además, si Keynes afirmaba que el problema es que la gente no calcula la rentabilidad de las empresas, y que entonces debe calcularla el estado, un gasto improductivo no podría ser para él la solución.

En fin, la *Teoría General* de Keynes, que tan bien nos desentraña Fernando Méndez, sigue siendo un estupendo objeto para el debate actual, y este libro merece un espacio de excepción en ese debate.